



A propósito de la muestra

Podría haber sido diferente

*Judith Rodríguez - Sofía Ungar -
Christian Díaz - Diego Wisniacki -
José De Rocco*

Curadora: Daniela Zattara

Podría haber sido diferente

Puede ser distinto

por Eduardo Wolovelsky¹

LO INDETERMINADO

Nos cuenta Esopo que llegado el invierno, el escarabajo, quien durante el calor de los meses anteriores dio rienda suelta a su imaginación retozando en una rama a la sombra de las hojas, se encontró con la hormiga a la que le imploró por algunos granos y semillas para tener lo que comer durante el frío invierno. Le prometió que todo lo que ella le diera, que no debía ser mucho, se lo devolvería con creces apenas regresase el calor. Avara y contrariada, elevó su cabeza y le negó toda ayuda acusándolo por su desinterés hacia el futuro y por pensar únicamente en el gozo presente sin prever lo que inevitablemente habría de ocurrir. Como en toda fábula, Esopo quiere dejarnos una enseñanza sobre el valor de ser precavidos y no imprudentes por lo que concluye: “cuando te queden excedentes de lo que recibes por tu trabajo, guarda una porción para cuando vengan los tiempos de escasez”. Pero el gran problema con el relato del cuentista griego, y de quienes lo recrearon más tardíamente como Jean de La Fontaine, trastocando al escarabajo por la más musical cigarra, es que aquello que nos relatan no se ajusta a lo acaecido porque lo cierto es que llegado el invierno las fuertes lluvias de ese año inundaron el terreno y se llevaron al hormiguero junto con cada uno de las laboriosas obreras. El escarabajo supo que iba a pasar hambre porque no había hormiga que lo pudiese socorrer pero al menos estaba a resguardo de sufrir la misma funesta suerte de su precavida vecina. Refugiado en la rama, esperaría hambriento y con actitud estoica a que el agua baje y que los calores traigan otra vez alimentos. De haber existido el poema de Juan del Encina (siglo XV) el escarabajo podría haberle replicado a la hormiga : “oy comamos y bebamos y cantemos y holguemos que mañana ayunaremos ”.

¹ Texto de Eduardo Wolovelsky a propósito de la muestra Podría haber sido diferente, de Judith Rodríguez, Sofía Ungar, Christian Díaz, Diego Wisniacki y José De Rocco con Curaduría de Daniela Zattara, exhibida la Fotogalería del Centro Cultural Rector Ricardo Rojas UBA, del 27 de junio al 25 de julio de 2024.



Fotografía de Christian Díaz

(En portada: Fotografía de José De Rocco)

Este final no convalida, ni pretende hacerlo, el desinterés y la despreocupación pero sí advierte contra los imaginarios de un duro determinismo resaltando que también lo azaroso, lo contingente y lo inesperado forman parte de lo viviente y con mucha más intensidad y sentido lo hace cuando se refiere a la vida de los hombres. Sin cierta incertidumbre, la vida humana no es posible. En una de las versiones del mito de Prometeo, los hombres atemorizados se refugian en una cueva porque conocen la fecha de su muerte. El titán les regala el olvido para que puedan salir de su prisión. Y, sin embargo, hemos sido tan espabilados en nuestro desarrollo tecnológico que nos aferramos a la visión determinista de la hormiga. Se nos hacen todo tipo de promesas y de logros como si fuesen augurios de realidades inexorables. Se nos prometen maravillas técnicas pero al tiempo, y en aparente contradicción, se nos somete al terror de la catástrofe ambiental. Entre esas dos fuerzas queda atrapada la voluntad y el librepensamiento. No se trata de la necesidad de algunos y que es propia de la ignorancia. Reconocemos los difíciles problemas ambientales y sociales de nuestro tiempo pero también avistamos la cruel esterilidad que el temor y la ilusión salvífica de la técnica conllevan contra la esperanza de que nuevas perspectivas son posibles bajo la guía de la acción y el pensamiento. No se trata del éxito o del fracaso sino de desplegar la vida humana en un acto de rebelión contra aquellos destinos que se nos anuncian como inexorables. Porque incluso si lo fuesen, como la piedra que Sísifo arrastra hacia la cumbre solo para que tener que dejarla caer y volver a empujarla una vez más desde su base en un ciclo que parece inútil, es la audacia de la revuelta la que cristaliza el designio de lo humano y le da sentido a la existencia, a pesar del fatal hado que nos acompaña. Como afirma Byung-Chul Han en su libro *El espíritu de la esperanza*:

Merodea el fantasma del miedo: Permanentemente nos vemos abocados a escenarios apocalípticos como la pandemia, la guerra mundial o las catástrofes climáticas: desastres que continuamente nos hacen pensar en el fin del mundo o en el final de la civilización humana. (...) Parece que los apocalipsis están de moda, se venden como si fuesen mercancía. (...) Estamos padeciendo una crisis múltiple. Miramos angustiados a un futuro tétrico. Hemos perdido la esperanza. Pasamos de una crisis a la siguiente, de una catástrofe a la siguiente, de un problema al siguiente. De tantos problemas por resolver y de tantas crisis por gestionar, la vida se ha reducido a una *supervivencia*, (...) En una situación así, solo la esperanza nos permitiría una vida en la que *vivir* sea más que *sobrevivir*.

La esperanza se sostiene sobre la idea de que no todo está dicho y no todo es previsible y que si el pasado pudo haber sido diferente ni que decir entonces del futuro.



Fotografía de Sofía Ungar

LECCIONES FOTOGRÁFICAS

La fotografía fija un momento, revela un instante, lee lo evanescente. Sin embargo, lejos de lo que podría parecer, no anula el devenir, por el contrario lo impulsa porque nada nos dice de lo siguiente, de lo que habrá de suceder, tampoco nos aclara de manera indubitable acerca de lo ocurrido. Sobre el pasado nos propone un desafío detectivesco y sobre el futuro nos revela lo incierto, lo impredecible. Pero incluso, ese momento que parece fijo, más allá de toda historia, se desdibuja porque sabemos que un pequeño movimiento le hubiese dado a la lente una realidad distinta: la puerta del trailer abierta, ¿por qué?; ¿el frasco carmesí aún está lleno de ese perfume o del veneno que todavía no mató?; el rostro tiene otra expresión, algo se cruzó en la mirada y surge un *ricтус* de temor. Todo es y no es. Todo podría haber sido distinto.

Lejos de ser un juego artístico para el entretenimiento, cada imagen singular y todas ellas montadas en una relación que sabemos pudo haber sido diferente, escribe un relato, forja un mundo. Desde que Walter Benjamin lo advirtiera sabemos que la dificultad por contar, por narrar, es la manifestación del ahogo en un tiempo que no podemos habitar. En sus palabras y referido al trauma de la Primera Guerra Mundial dice:

Cada vez más raro es encontrarse con gente que pueda narrar algo honestamente. Con frecuencia cada vez mayor se difunde la perplejidad en la tertulia, cuando se formula el deseo de escuchar una historia. Es como si una facultad que nos parecía inalienable, la más segura entre las seguras, nos fuese arrebatada.



Fotografía de Diego Wisniacki

Desde esta imposibilidad, darle a la vida la lógica de la narración, solo queda la realidad del miedo frente a la incertidumbre y la consecuente búsqueda desmesurada por la seguridad, por preservarse aunque más no sea que como mera supervivencia buscando algún lugar que suponemos será seguro e inviolable.

El frustrado e imposible sueño laplaciano del siglo XVIII, por el cual se suponía que de conocerse la posición de cada partícula del universo se podrían predecir todos los hechos futuros, aún tiñe, aunque sea de modo sutil, nuestros sueños. Confundimos así la vana ilusión con la esperanza. Cuán desabrido sería nuestro mundo si no fuésemos capaces de cierta osadía solo porque no tenemos la garantía de un “seguro de vida” que nos haya sido vendida por algún promotor

o para mayor seguridad que nos la haya ofrecido Dios. No habría nuevos mundos por descubrir porque no habría exploradores, la injusticia no alteraría nuestro sueño porque la asumiremos como un hecho de la naturaleza y no habría amores porque siempre son perturbadores. Viviríamos bajo la ley del principio de precaución por el cual, si no estamos seguros de poder descartar todo daño, entonces no debemos actuar. Esta ley del miedo nada nos dice sobre los padecimientos que puede provocar la falta de acción. De habernos guiado por este principio Paul Ehrlich no habría desarrollado el primer medicamento contra una enfermedad infecciosa devastadora como la sífilis, Marco Polo no hubiese llegado a Catay, centro del imperio mongol, de donde provienen el papel, la base de la imprenta y la brújula. Tampoco hubiésemos tenido electricidad, ni surcado los mares ni los cielos, ni siquiera con telescopio, no sea que veamos algo que perturbe nuestro sereno mundo.

Las fotografías suelen revelar caminos recorridos que casi nunca resultan ser los que imaginamos. Esas figuraciones no están fijas, definen historias ancladas en una condición fundamental de lo humano y que Hannah Arendt consideró con singular compromiso. Lo incierto de toda historia le abre la puerta al nacimiento, a lo nuevo, a lo no dado. Es esta natalidad, la capacidad humana de darle forma a lo inédito, la que nos aleja de la perspectiva nihilista que el temor a la catástrofe impone.

En esta era de consumo, donde la mercancía más preciada es la ilusión de una fantástica y estéril quietud que muchos llaman felicidad, las marcas de un rostro que sorbe sus sueños y frustraciones desde un brillante envase, nos lleva a otra fábula. Una donde el azar se impone torciendo todo lo pensado. Félix María de Samañiego nos cuenta el incidente de una joven que se dirige al mercado mientras fantasea acerca de cómo se habrá de enriquecer con la venta de la leche que porta en una vasija sobre su cabeza. En sus excepcionales versos finales escribe con cierta musicalidad:

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera
que, a un salto violento,
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh, loca fantasía,
qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
no sea que saltando de contento,
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
de mejor o más próspera fortuna;
que vivirás ansiosa,
sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro:
mira que ni el presente está seguro.

La conclusión por el valor de la medida no tiene porqué perder su lugar aunque la joven lechera no hubiese saltado con entusiasmo. Pero es evidente que, de no haber reaccionado a las esperanzas de sus sueños, su destino hubiese sido otro más acorde con sus pensamientos. Pero lo sabemos, en unos breves segundos y sin aviso lo dado puede cambiar provocando el nacimiento de una realidad inesperada.



Fotografía de Judith Rodríguez